

Miguel Ángel Troitiño

Enrique Antequera Terroso
Secretario de FUNDICOT

Vaya por delante que no soy un entusiasta de los homenajes, menos aún si, como en este caso, son póstumos.

Tengo para mí que, en estos actos, quieras o no, la imagen del homenajeado queda, por emplear un término fotográfico, plana, sin los matices ni contrastes que, en última instancia, son los que hacen interesante y reseñable el paso de las personas por este mundo.

A estas prevenciones debería añadir una puntualización. Miguel Ángel y yo no éramos exactamente amigos-amigos. Nunca fuimos a comer juntos mano a mano, nunca hablamos de nuestras familias ni, mucho menos, de cuestiones que pudiesen entrar en la esfera de lo personal. Nuestros contactos se reducían a las juntas de FUNDICOT y la asistencia a algunos de los actos que la asociación organizaba. Nos conocíamos, eso sí, desde hace muchos años. No recuerdo exactamente desde cuándo, pero posiblemente desde hace más de 25. El dónde sí que lo tengo mucho más claro. Necesariamente tuvo que ser en alguna de las Juntas de FUNDICOT a las que ambos asistíamos como miembros y que tanto echamos de menos en estos desdichados meses.

En su comportamiento público, Miguel Ángel se ajustaba al estereotipo que algunos tenemos del castellano. Todavía más, del castellano de la serranía, a la que tantas veces le oí citar. En las juntas de Fundicot era más bien parco en palabras. Entraba en la sala donde nos reuníamos para celebrar las juntas siempre con su cartera colgada al hombro, escuchaba mucho y cuando entendía que tenía algo que decir, lo hacía ahorrando palabras y gestos y siempre con un folio encima de la mesa para tomar notas.



Sin embargo, a mi parecer, no era Miguel Ángel un personaje taciturno ni enemistado con la conversación.

Era un gran comunicador, como se correspondía a su profesión. México, Cuenca, Gredos, la multitud de trabajos en los que intervino, sus frecuentes viajes, sus experiencias en la universidad, hacía que una charla con él fuese siempre atractiva e instructiva.

Compartíamos una afición común de la que alguna vez hablamos. La fotografía. Y en esto discrepábamos. Yo intentaba aplicar en cada disparo todo lo leído y aprendido sobre la técnica fotográfica, de forma que cada foto se convierte en un examen y, lamentablemente, la mayor parte de los resultados en una decepción. Por su parte Miguel Ángel, con su cámara bridge a cuestas, dejaba que fuese ésta la que le dijese el cómo, él se centraba en el qué.

En el viaje al VIII CIOT celebrado en Fuerteventura en 2016, compartimos asientos y entre otros temas, hablamos largo y tendido sobre esto. Me parece que ninguno logró convencer al otro. En este congreso, Miguel Ángel a propuesta del entonces nuestro presidente Antonio Serrano, fue nombrado Socio de Honor de Fundicot. Por una vez se logró reconocer un trabajo y una dedicación a tiempo.

Con el traslado de la sede de FUNDICOT a Valencia no perdimos el contacto, pero dejamos de vernos en persona y se perdió el "tercer tiempo" que practicábamos al acabar las Juntas cuando la sede estaba en Madrid.

No por eso dejó Miguel Ángel de asistir a su cita, en este caso informática, con la asociación. Aparecía junto a una ventana, supongo que, en el despacho de su casa, en ocasiones entrando en una dura pugna con el sonido y la imagen, de las que no siempre salía victorioso.

No tengo claro si con estas pocas líneas ha quedado de manifiesto la estima y el cariño que no sólo yo, sino todos los que formamos parte de la Junta de Fundicot, le teníamos a Miguel Ángel.

Posiblemente su imagen aparezca poco contrastada y al escribir haya caído en el pecado que criticaba al principio. No me importa. Seguro que lo anterior se puede expresar con mejores palabras, pero cada uno tenemos nuestras limitaciones.

Luciano Sánchez, otro de los miembros históricos de la Asociación, nos acaba de enviar un mensaje con el anuncio del Ayuntamiento de Cuenca, que ha decidido que un mirador de la ciudad lleve su nombre. Creo que es un hermoso homenaje el de Cuenca, en correspondencia a la labor de Miguel Ángel para con la ciudad. Estoy seguro de que su familia estará orgullosa, como también lo estamos todos los que tuvimos el honor y la satisfacción de conocerle.